

ANTICUARIOS MODERNOS

Artur Ramon

Anticuarios modernos

Todos los derechos reservados. Ninguna parte
de esta publicación puede ser reproducida,
almacenada o transmitida en manera
alguna ni por ningún medio, ya sea eléctrico,
químico, mecánico, óptico, de grabación o de fotocopia,
sin permiso previo del editor.

© Artur Ramon, 2025

Fotografía de la cubierta:
Rambla, 102, Jordi Barón Rubí, 2006

De esta edición:
© Editorial Elba, S.L., 2015
Avenida Diagonal, 579
08014 Barcelona
Tel.: 93 415 89 54
editorial@elbaeditorial.com

*Para Jaime Barrachina, amigo y maestro
o viceversa, in memoriam*

anticuario (del latín *antiquarius*). El que hace profesión o estudio particular del conocimiento de las cosas antiguas.

Diccionario histórico de la lengua española (1933-1936)

Y si a anticuarios modernos habemos de dar fe.

FRANCISCO DE QUEVEDO, *El Parnaso español* (1648)

CONTENIDO

Atrio · 11

1. La última compra · 23

2. El cazador · 38

3. El enigmático William Hand · 44

4. Retrato de una dama veneciana · 50

5. La pantera etrusca · 57

6. El profesor Espinosa · 64

7. La pistola de Parma · 69

8. La estampita toledana · 75

9. El gran tiburón y un dibujo de Torres-García · 82

10. Tsuguharu Foujita en rehabilitación · 92

11. El anticuario sonámbulo · 98

12. Cuadros con cartelas · 103

13. El ingeniero perverso · 106

Para una nueva filosofía de la decoración · 112

Epílogo: Diez consejos para pujar en una subasta · 120

Diez aforismos sobre anticuarios · 126

Atrio

Cuando me preguntan cuál es mi profesión, siempre respondo lo mismo: soy anticuario. Y lo hago no sólo porque me siento orgulloso de serlo y de pertenecer a una estirpe de anticuarios que desde 1926 nos hemos ido multiplicando, en una carrera de relevos con el mismo nombre de familia y el mismo oficio, sino también porque me parece una palabra que designa un trabajo antiguo y noble. Algunas veces mi interlocutor no comprende exactamente a qué me dedico, porque la palabra *anticuario*, desvirtuada cuando no depreciada por la confusión y el tiempo, ha perdido, como tantas otras palabras, su significado propio. Cuando era joven e iba a cenar con amigos de mi novia, que todavía no me conocían, pensaban que era un octogenario que salía con una treintañera, para luego descubrir que anticuario no es obligatoriamente sinónimo de viejo. Una vez informados de a qué me dedicaba realmente, se reían con ironía viendo en mí una especie de timador de viejecitas indefensas o simplemente me ofrecían el camisón o la plancha de sus abuelas. Fui desde un principio consciente de que mi oficio no gozaba de prestigio social, como lo era también mi padre cuando en el patio de una escuela de posguerra mentía diciendo que su padre era ingeniero para que no se mofasen de él. Tan poco pedigrí tenía la profesión que cuando llegó la hora de cursar estudios universitarios mi abuelo alentó a mi padre

para que se sacase un título –en su caso, aparejador, hoy arquitecto técnico– porque ser anticuario era como no ser nadie.

Siempre nos queda el consuelo de que muchas palabras han perdido su acepción original –cultura y arte, entre tantas otras– y, no obstante, se siguen usando. Anticuario es una más, y no designa ya a quien se dedica a estudiar, coleccionar y vender obras antiguas, ni define tampoco en modo alguno un oficio propio de alguien educado, sino que se refiere a algo abstracto, indefinido, a caballo entre el comerciante de despojos del pasado y el vendedor de humo. Hoy, cuando alguien escucha la palabra frunce el ceño y se lleva la mano a la cartera, porque la asocia con establecimientos antiguos, llenos de polvo, donde los objetos se amontonan como las ruinas de la historia. El cliché decimonónico creado en la Inglaterra victoriana, de Dickens a Walter Scott, se ha impuesto. El sustantivo, en manos de los medios de comunicación o en esa suerte de tribunal inquisitorial que son las redes sociales, se convierte en el sinónimo perfecto del sospechoso habitual: es decir, un cómplice de robos, estafas y expolios del patrimonio artístico nacional.

En tiempos pasados, el aspirante a anticuario no recibía formación. Era más bien la práctica y la experiencia del trabajo el método habitual de aprendizaje que pasaba de padres a hijos, al igual que los artesanos. Bien es verdad que había anticuarios poco menos que analfabetos que eran capaces, sin embargo, de saber si una obra era buena o no. Poseían una intuición especial, un don, me atrevería a decir, aprendido con el tiempo y la capacidad de riesgo. Cada error se pagaba

y ello servía de adiestramiento para afinar el ojo, porque los errores costaban caros.

En una sociedad como la nuestra, que acostumbra a confundir el arte con el lujo, el anticuario es un personaje anacrónico que trafica con obras del pasado y se las facilita a los poderosos, cuando no las expolia para venderlas al mejor postor extranjero. Nunca se habla de las otras cosas valiosas que hacemos los anticuarios, tales como recuperar obras perdidas para atribuirles y restaurarlas y llevarlas a grandes colecciones o museos, repatriar otras que llevaban siglos fuera de nuestras fronteras o realizar exposiciones gratuitas y publicar catálogos supliendo a las instituciones. Acerca de todo esto reina un gran silencio, parece no interesar.

Los anticuarios nos dedicamos a algo intangible, más próximo a los sueños que a la realidad. Somos comerciantes de algo superfluo, si bien de naturaleza suntuaria, de última necesidad, como pueden ser los sueños. Pasolini lo explicó muy bien cuando dijo:

Un cuadro es, indudablemente, un objeto inútil. Una cama «bonita» sirve para dormir, una «silla bonita» sirve para sentarse, un «armario bonito» sirve para colgar las camisas, un «cuadro bonito» no sirve para nada. Bien, no lo niego. Sólo diré que una sociedad que se rodea de belleza que escapa de la utilidad es una sociedad humana, no de castores o de abejas. El «valor añadido» que tiene un cuadro es el baremo más válido para calibrar la sociedad a la que antes me refería.

El problema es que nuestra sociedad cada vez es menos humana, que se rodea menos de auténtica belleza y está más próxima a las comunidades de castores y de abejas, es decir, gregarias, utilitarias y tecnológicas. Hay una apología de lo feo, sólo hace falta pasearse por un aeropuerto para comprobarlo.

¿Qué es un anticuario? Es alguien que ve las cosas que están delante de los ojos de todo el mundo y nadie ve, parafraseando a Paul Valery cuando habla de la poesía. Pero un anticuario no es un poeta, es un cazador de obras de arte. Alguien que las busca y las sigue obsesivamente hasta que las consigue. Y el placer de la profesión no se cifra ya en el preludio, sino en la posesión. No en matar la pieza, sino en cobrarla, disecarla y colgarla en nuestro salón. Hay mucho de detectivesco en nuestro trabajo, de novela de intriga. Debemos resolver enigmas que nos plantean las obras y nos movemos sólo a través de indicios, de pequeños signos que nos permiten esclarecer el escenario del crimen y buscar a su autor material, encontrar un nombre: el artista que se esconde detrás de las imágenes.

Me he propuesto contar algunas historias ilustrativas del mundo y de la vida de los anticuarios, aventuras que no tienen lugar en la sabana africana, sino en los pisos y casas españolas y en otros lugares del mundo donde se ocultan obras de arte olvidadas, enterradas por la tiranía de lo útil y lo moderno. Pues entre tanta estulticia se esconden obras perdidas. Es lo que los ingleses llaman un *sleeper*, una obra dormida que espera ser despertada. Los franceses, siempre más enfáticamente pomposos, las llaman *trouvailles*. Nosotros aún

no hemos inventado un término específico; mientras tanto los podemos llamar «descubrimientos», para entendernos. Se trata de obras de arte, especialmente pinturas, que fueron en su día expulsadas del flujo del mercado y de la historia. Obras extraviadas, perdidas, desposeídas de vida, dejadas en estado de letargo. Y los anticuarios, individuos ajenos a la contemporaneidad, las recuperamos, les devolvemos la identidad, es decir, a la vida para reintroducirlas en el flujo del mercado y en los parámetros de la historia.

Haciendo una extrapolación con la medicina, diría que lo más cercano a un anticuario es un dermatólogo: alguien que de un vistazo sabe qué te pasa en la piel o trata los hongos con radiación ultravioleta. Nosotros hacemos algo similar: mirar y a veces también pasar la lámpara azul no para eliminar parásitos, sino para saber en qué estado de conservación se encuentra, por ejemplo, si ha sido restaurada. Somos obsesivo-compulsivos –alguno que otro sufre de adicción al trabajo– que coleccionamos obras para venderlas. Vivimos en conflicto permanente, en la contradicción que enfrenta la pasión del coleccionista con las obligaciones del comerciante. Un coleccionista compra para *no* vender (trato de dar con uno que lo sea genuinamente y cada vez me cuesta más encontrarlo); los anticuarios compramos para desprendernos de lo comprado. Nuestras colecciones son efímeras, casi cabría decir imaginarias. ¿Existe algo más literario que nuestro oficio, donde cada día acontecen cosas nuevas y distintas? No creo que haya un trabajo menos rutinario que el nuestro, quizá el de explorador en Alaska o localizador de pumas en la Pampa. Somos unos enfermos de

arte y de literatura, que para mí es lo mismo. Somos una especie en extinción, como el tigre de Amoy o el leopardo de Arabia.

Los anticuarios entramos en las casas a través los avisos, especialmente en Barcelona. En Madrid y en París, en cambio, los que van a los avisos son los subastadores, nuestra competencia. Cuando el cuerpo del llorado padre de la familia, que tenía el dudoso gusto de coleccionar, está todavía caliente, la viuda, triste pero siempre expeditiva, y sus vástagos, más necesitados de dinero que de memoria, llaman al anticuario para que vaya a ver las obras que ha dejado. La mayoría de los coleccionistas no han leído a Epicteto ni a ninguno de los estoicos y se creen eternos, no saben que no son Tutankamón y que cuando fallezcan nada podrán llevarse al más allá, y la mayoría piensan: «Después de mí, el diluvio» y no dejan sus cosas en debida regla: ni carpetas con tasaciones o facturas, ni lotes ya repartidos. El coleccionista es un hijo único que lo quiere todo sólo para sí. Dicen que una colección es una biografía diseminada en objetos; yo diría, más bien, que es un mausoleo al ego, un homenaje al yo en el que jamás cabe el nosotros. El coleccionista, ególatra y egoísta por naturaleza, compra para ser inmortal, porque sabe que vivirá a través de sus obras y por vanidad, aunque algunos la confundan con la generosidad o el altruismo y monten fundaciones y museos en los recibidores de sus casas.

Ser coleccionista es hoy algo sumamente complejo, porque sopla contra el viento de los tiempos. La cultura actual es más experimental que objetual. Es algo obvio que explica muy bien el filósofo surcoreano

Byung-Chul Han en su ensayo *No-Cosas. Quiebras del mundo de hoy* (Taurus, 2021):

Experimentar significa, abstractamente formulado, consumir información. Hoy queremos *experimentar* más que *poseer*, *ser* más que *tener* [...] vivimos en una sociedad de la experiencia y la comunicación, que prefiere el ser al tener. La antigua máxima del «Yo soy tanto más cuanto más *tengo*» ya no tiene aplicación. La nueva máxima del experimentar es: «Yo soy tanto más cuanto más *experimento*».

Es innegable que nuestra cultura vende, a través de los medios de comunicación y sobre todo de la publicidad, la idea de experiencia como última panacea que sirve tanto para colocarnos el último modelo de coche como para anunciar una marca de agua. Los ricos prefieren viajar a destinos exóticos o vivir experiencias gastronómicas excitantes a comprar obras de arte y aún menos antigüedades evocadoras del pasado. De la misma manera que España pasó con la Transición de ser el país más católico del mundo a uno de los más laicos, también su sentido de la estética se transformó y pasó del gusto Parador –muebles y pinturas antiguas entre tapices y lámparas de pergamino sustentadas por columnas salomónicas platerescas– al festival de Arco, como la Movida del arte. No sólo había que ser moderno y comprar obras que nos interpelan desde ángulos contemporáneos, sino que había que negar también el pasado y convertir el arte antiguo en algo *demodé*. Me gustan y admiro los coleccionistas eclécticos que se enamoran tanto de lo antiguo como les exalta

lo nuevo. Me atraen los coleccionistas que no son dogmáticos y ortodoxos y saben combinar y hacer de sus casas algo distinto a un catálogo de lo normativo en lo contemporáneo, algo lleno de vida y personalidad.

Algunos artistas contemporáneos han avivado su ingenio comercial y, mientras venden sus pintarrajos o vacuas instalaciones, se dedican a coleccionar maestros antiguos. Otro tanto sucede con algunos de estos nuevos artistas contemporáneos llamados «chefs» que mientras venden la comida reducida a emulsiones químicas en sus restaurantes con estrellas Michelin, cuando les apetece un sabroso estofado de rabo de toro no dudan en comer en una fonda donde disfrutaban sin necesidad de explicaciones retóricas.

Detrás de cada pieza se esconden muchas historias. En primer lugar, la de la misma obra, desde el momento en que fue creada hasta hoy; es decir, su peripecia en el tiempo, las vicisitudes por las que ha tenido que pasar para sobrevivir y mantener su integridad física y atributiva. Por otra parte, está la vida del coleccionista reflejada en ella, la historia sentimental. Uno recuerda cuándo compró y dónde cada una de las piezas que conserva, quién se las regaló o de quién las heredó. Un bagaje emocional y personal, intransferible. Coleccionar es poseer y en el arte pasa como en el amor: uno siempre recuerda más aquello que dejó escapar.

Hay programas de televisión en el Reino Unido o Alemania en los que los concursantes presentan una antigüedad que han llevado consigo. Los profesionales encargados de conducir el programa, ayudados por expertos, hacen una valoración, ofrecen el objeto a un grupo de personas para su venta y gana el mejor pos-